**Domingo XXIII del Tiempo Ordinario (04-09-22)**Homilía de Monseñor Carlos Castillo  
(Transcripción)

Hermanos y hermanas:

Esta mañana, cuando el Santo Padre ha beatificado al Papa Juan Pablo I, gran papa, aunque de muy corto camino por este mundo como papa; nos ha dejado un mensaje importante: Jesús, acompañado de la multitud, no manipula a la multitud. No les dice ‘si, este es un camino lindo, seguramente vamos a ganar mucho a consecuencia de que todos me siguen’, sino que, Jesús, ayuda a que esa muchedumbre que lo acompaña, recapacite; y piense seriamente que ese camino es un camino muy exigente. Y, por eso, les dice que *“el que no carga su cruz y me sigue, no puede ser mi discípulo”*. Solamente es discípulo quien ama a Jesús, en primer lugar, y pone, en segundo lugar, lo más propio, inclusive, su propia vida y su propia familia.

Esto es un camino exigente que nos invita el Señor a hacer, porque el problema fundamental de nuestras vidas es que hemos de vivirlas viéndonos a nosotros mismos, muchas veces, promoviéndonos, desarrollándonos, teniendo una familia que pueda crecer y ser un lugar y un espacio lindo para vivir, para amarse, para quererse; y así, distintas cosas que necesitamos en esta vida, pero la gran cuestión es que todo eso se puede resolver, solamente, con sabiduría; no con cálculos secos, sin inspiración, sino con la sabiduría que nos da un amor que no tenemos nosotros, sino que nos viene dado gratuitamente.

Por eso, centrarnos en Jesús es centrarnos en aquel misterio que es el misterio del Hijo, que recibe, permanentemente el amor del Padre, y que hizo posible que Jesús enfrentara y afrontara todos los problemas que hubo en su camino para llenar de felicidad a la humanidad. Y, por eso, también, el camino de la defensa de la creación, del cuidado de la creación, es parte de esos caminos difíciles que nos ha tocado a los cristianos de esta época, para afrontar juntos y comprometernos hondamente en la transformación de la actitud humana que existe actualmente vigente, que es la actitud de indiferencia o desprecio, o maltrato, o explotación a la creación; pero, igualmente, hay ese maltrato a las personas, a la mujer.

Vivimos en una sociedad que ha crecido en individualismo y ha olvidado que el centro de nuestras vidas es el amor. Y, ¿quién puede nutrir en nosotros esa capacidad de amar? Jesús, que nos da su Espíritu, ese Espíritu que, en el precioso texto del libro la Sabiduría (9, 13-19), dice: “Sólo con la sabiduría se enderezaron los caminos de quienes habitan la tierra”. Necesitamos enderezar los caminos de los que habitan la tierra y la sabiduría de Dios, inspirada en el amor gratuito del Señor, que nos hace servidores de los demás, nos hace solidarios con los demás porque es la fuente inagotable para que podamos hacer grandes cosas.

Nos pone dos ejemplos, el Señor, de cómo nosotros podemos ser discípulos. Nos dice que los discípulos tienen que ser personas que piensen bien las cosas, que “calculen”; y habla de dos cálculos: 1) el cálculo del gasto en una torre para poderla terminar y no pasar vergüenzas, 2) y el cálculo de, si tengo un enemigo, pues, me preparo para hacer las paces porque yo tengo menos fuerza que él. En los dos casos, son actitudes de prudencia, son cálculos que están inspirados en una actitud prudente; inspirados no en el apuro, no en la agresión, no en la violencia. Esta semana hemos visto, en el mundo, varios intentos de actos de violencia, y esos actos de violencia hacen que las personas pierdan el sentido humano.

Si algo quiere el Señor cuando nos dice que dejemos todo para centrarnos en Él y seguirlo, es porque quiere hacernos el bien, detener el criterio elemental que es el fundamento de todos los criterios para actuar, que es el amor. Pero, cómo vamos a amar si no somos amados, si no tenemos la seguridad permanente de que hay alguien que se ha dado a sí mismo por nosotros para siempre, y que por eso ha muerto, pero también ha resucitado, y esa vida es imperecedera y, por lo tanto, es el amor pleno que nos espera en el Reino de Dios.

Por eso, es muy importante, hermanos, aprender a renunciar. Es uno de los actos más sabios que puede haber cuando uno, ante un límite, tiene que aceptar que no puede hacer eso y que tiene que hacer, dentro del límite, lo mínimo indispensable para que las cosas vayan adelante. Eso supone la disponibilidad, y la disponibilidad a ir dejando cosas que son demasiado equipaje para poder caminar; y, en el tema de la ecología, sucede lo mismo.

Este es un mundo en donde todo está súper calculado, especialmente, por medio de las computadoras, de los algoritmos y de los robots.., ¡Todo está bajo control!, pero todo es “cálculo seco”, es decir, sin inspiración, porque es un cálculo para sacar plata y para dominar. Nuestra propia Iglesia está invadida de personas que ven, en ustedes, los fieles, “un mercado” para sacar plata; y contra eso está luchando, justamente, el Papa Francisco, que se ha reunido esta semana, también, con los cardenales, para presentarles la reforma de la Iglesia que debe superar esta forma de Iglesia en donde todo el mundo calcula y todo el mundo hace lo que quiere, para volver a la fuente de la inspiración y hacer de la Iglesia una fuente para amar, en donde el dinero y los bienes se compartan con más fuerza, con más vitalidad, especialmente, para quien más sufre, y con la cual, no se puede hacer negocio, y menos violar el “concordato” que tenemos en los países con los pueblos en donde nos dan el derecho, a la propia Iglesia Católica, para hacer el bien, nunca para el propio interés; cosa que estamos, en estos años, trabajando mucho en la diócesis de Lima, porque queremos que la Iglesia sea testiga, por su propia vida, de que es una Iglesia sencilla que comparte lo que tiene y que acompaña al pueblo, sobre todo, en sus sufrimientos, y acompaña, también, a los pueblos amazónicos que están sufriendo tantos embates que necesitan de nuestro apoyo, de nuestra cercanía; como está sufriendo la Iglesia en otros países como en Nicaragua, que es perseguida por dar testimonio.

No nos importa que nos persigan, hermanos, lo que importa es que demos testimonio del amor de Dios a tiempo y a destiempo, para que todo el mundo pueda recapacitar. Es la gran esperanza que tiene el Santo Padre de que toda la Iglesia, convirtiéndose, pueda ayudar a convertir al mundo a una nueva manera de vivir. Y, hoy día, eso es urgente, porque nuestras costumbres han sido invadidas por el solo cálculo económico y, entonces, no hay inspiración para hacer el bien, donde la gente se está matando por el dinero y todos nos destruimos.

Por eso, hoy día, hermanos y hermanos, el Señor que nos ha creado, nos ha dado la capacidad de esa sabiduría. La palabra sabiduría está emparentada con el “sabor” y el “saber”. Saber viene de saborear, de experimentar las cosas y de pensar a partir del sentido y la belleza de lo que está ocurriendo, rescatando las mejores cosas de la experiencia. Eso está ahora contenido en las próximas reflexiones que el Papa hará los miércoles. Ha decidido, por ejemplo, hablarnos del ***discernimiento***, de la reflexión, porque quiere, justamente, una Iglesia reflexiva, no una Iglesia que repita costumbres y sea de papagayos que repiten de paporreta las cosas del catecismo, quiere personas que tengan capacidad de pensar, de ver más lejos, de abrirse a las necesidades y problemas de la realidad, porque allí está Dios presente, porque nosotros no tenemos un Dios que no se ha encarnado, de un Dios que solo está en el cielo; Dios también está en la Tierra y, aquí en la Tierra, hay mucho que hacer para conducir a todos en el camino de Dios, un camino inspirado que nos hace responsables de la creación y nos ayuda a caminar con firmeza haciendo el bien y procurándolo con todos.

Este camino implica, evidentemente, que muchas cosas tenemos que abandonarlas, porque es normal que nosotros caminemos sin rumbo y nos pensemos a nosotros como los únicos poseedores de la verdad, del dinero o de los bienes; pero los bienes son de todos porque Dios nos ha creado a todos, y nos ha dado la creación para que todos la cuidemos y para que nos hermanemos en ese camino.

Por eso, la mejor sabiduría es el sabor a la hermandad que el Papa ha insistido en recordar; y, hoy día rezamos también por la hermana madre Tierra, que nos ha dado el alimento, que nos da la vida y que nosotros estamos afectando gravemente con nuestros comportamientos.

Que Dios nos ayude, porque este camino es difícil y largo, y allí vamos a tener que sufrirla mucho, así que carguemos con nuestras cruces y con la cruz de que, hoy día, tenemos una situación difícil, pero todos tenemos la capacidad de reflexionar y de decidir juntos un camino distinto. Y ese también es el camino que nos propone el Santo Padre, que es el camino de Jesús.

Que Dios los bendiga y les dé su paz y que, en esta Misa, nos unamos a todas las grandes intenciones de los que más necesitan, especialmente, de los pequeños que, en este mes, hemos dedicado todo el trabajo de Cáritas Lima y todo el trabajo de la Iglesia. Por eso, ahora, reafirmamos la fe en el Dios que nos ha creado.